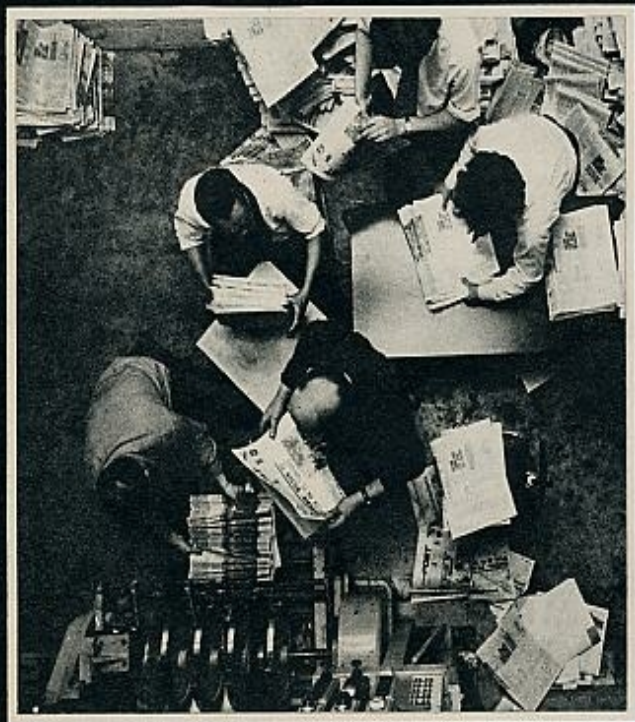




LA
PROFECIA
DE
MAC
LUHAN

EL FIN DE LOS SEXOS





HERBERT Marshall Mac Luhan. El Nuevo Gran Cerebro. El Papa del Pop. El profeta del universo televisual, al que se compara ya con Arquímedes y Lavoisier, con Darwin, Freud, Einstein y Salvador Dalí. Para ser el "coco" de Occidente, tan sólo le falta la belleza de un Ringo Star con un bigote a la media luna y un mechón sobre la frente.

¡Demasiado tarde ya! A estas alturas resulta imposible borrar los estigmas de treinta años de oscuro profesorado de inglés en las universidades de Saint-Louis y de Toronto, la avanzada calvicie y el toque de amargura en la comisura de los labios.

El profeta tiene cincuenta y siete años, seis hijos, cuatro libros y dos religiones (era protestante y se ha convertido al catolicismo). Su celebridad en el Nuevo Mundo, iniciada por "La Galaxia Gutenberg", ha hecho ▶



EL FIN DE



John Wayne y Sofia Loren serían símbolos de hombre y mujer preacluza a los superhombres y a las supermujeres. Un nuevo tipo llega: Twiggy. «

irrupción en 1965 con la publicación, en libro de bolsillo, de «Understanding Media». En los Estados Unidos la obra se ha vendido igual que en China el librito de Mao. ¿Quién no ha sentido, al menos una vez, en un oscuro rincón de su ser, el vértigo de la modernidad, la angustia de comprobar que con la televisión, los ordenadores, Twiggy, los sillones transparentes en policloruro de vinilo y Dios sabe lo que se inventará aún, nuestro mundo arrugado y familiar está cambiando de piel y de corazón, como esos viejos rejuvenecidos con hormonas a los que cuesta trabajo reconocer?

«playboy» y filosofía

En medio de este caos, ningún guía mejor que Mac Luhan. Es locuaz y perentorio. Con él se sabe a dónde se va: de la «era visual» a la edad «táctil, acústica y cinética» (para Mac Luhan cada una de estas palabras tiene un sentido ligeramente distinto al de los diccionarios).

¿Ha sido esta complicación semántica la que ha asustado a algunos públicos? En Francia, por ejemplo, la traducción de «La Galaxia Gutenberg» se ha vendido

con cuentagotas. Los críticos la han abrumado con su escepticismo burlón. La Sorbona, por su parte, ha excomulgado al autor en nombre de la lógica, de la coherencia y de la disertación en tres partes.

Por el contrario, en los Estados Unidos, donde esos «bocados» son menos apreciados, el Mac Luhan se come con todas las salsas. Importantes semanarios —«Look, Time»...— lo han contratado como consejero áulico. La gran universidad católica neoyorquina de Fordham le ha ofrecido la cátedra «Albert Schweitzer», dotada con 100.000 dólares anuales. Diversas industrias, como los Teléfonos Bell o el Sindicato de Embalaje, imploran a Mac Luhan que les lea el futuro con su bola de cristal. Mac Luhan es universal. Tiene ideas acerca de todo: sobre la televisión, sobre la prensa, sobre el automóvil, sobre Hitler, sobre la guerra fría, sobre Vietnam, sobre los niños, sobre la publicidad, sobre la esquizofrenia e incluso, y públicamente, sobre el sexo.

¿Es posible? ¿Un profesor que mezcla las medias de malla y el «Playboy» con la filosofía? En la Sorbona lo hubieran expulsado y neutralizado. En los Estados Unidos, el teorizador que no ayu-



LOS SEXOS



nianos. Ambos tipos, según Mac Luhan, están en vías de desaparecer. Adlós Sofia Loren es a Twiggy lo que una pintura de Rubens es a los rayos X».

dase a sus conciudadanos a soportar su fardo sexual pasaría por un egoísta, quizá por un perverso, sin duda por un comunista. Mac Luhan no ha hecho más que cumplir con su deber.

Puesto que es un método experimental, el macluhanismo empieza observando los hechos. ¿Y qué es lo que ve Mac Luhan?

«homo gutenbergiensis»

Aquí, chicos de pelo largo que parecen chicas, y chicas con pantalones que parecen chicos. Allí, jóvenes con minifalda mostrando vastas superficies de su epidermis crural. Por doquier un relajamiento alarmante del tabú, del nudismo. Más allá, «hippies» amontonados sin distinción de sexos en «bidonvilles» para hijos de buena familia. Y en los bolsos de las señoritas cajas de píldoras anticonceptivas entre un programa de «happening» y una fotografía del yogui Maharishi Mahesh.

Mac Luhan analiza estos datos en su laboratorio. «Nos hallamos en presencia —concluye— de signos anunciadores de la Edad eléctrica, que sucederá a la Era tipográfica».

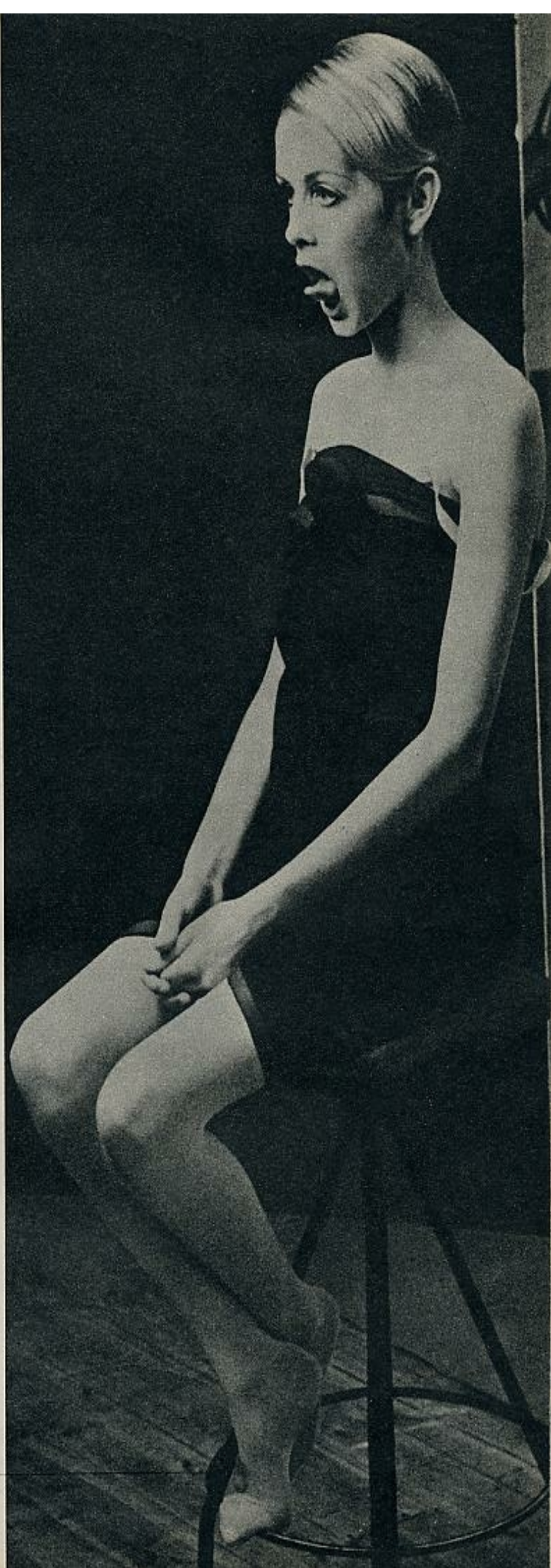
La pirámide macluhaniana reposa, invertida, sobre un postula-

do que o se toma o se deja. Lo que marca la fisonomía de cada gran etapa de civilización es, antes que nada, primordialmente —de la palabra articulada al papiro y al transistor—, el procedimiento empleado por los hombres para comunicarse entre ellos: los «media». Después de cinco siglos de vivir bajo el dominio de esos pequeños insectos negros pegados al papel blanco que son los caracteres tipográficos, el largo reinado de la imprenta ha modelado, según nuestras necesidades, nuestro espacio y nuestro espíritu, y ha hecho de nosotros un tipo humano específico: el «homo Gutenbergiensis».

Porque la lectura, actividad solitaria, desprovista de la riqueza sensorial del diálogo, tan sólo moviliza la vista. Según Mac Luhan, «el libro es la prolongación del ojo». Y la vista es el único de nuestros sentidos capaz de aislar los diversos aspectos de lo que percibe, arrastrando al espíritu a la fragmentación de los conjuntos y al despego emocional.

de la dictadura a la democracia

Según esto, para Mac Luhan, todo el capitalismo clásico («La palabra impresa ha hecho estallar las corporaciones medievales,



EL FIN DE LOS SEXOS

creando la forma hiperindividualista de la empresa), la especialización que lleva al trabajo en cadena («El desmembramiento de un conjunto en partes separadas y dispuestas linealmente constituye la esencia propia de la imprenta»), el nacionalismo, la introspección, la perspectiva pictórica y la invención del pasillo aislador de las habitaciones en los pisos, todo lo que constituía la estructura de nuestro mundo hasta los años cincuenta, procede del poder de fragmentación ligado a la dictadura visual.

Arrancando al macho del estado sintético de los orígenes para hacer de él un cobrador de autobús, un primer ministro o un pintor abstracto, la loca manía de la especialización ha hundido la vida sexual de los hijos de Gutenberg.

«Entre los hombres primitivos, como entre los grandes mamíferos, machos y hembras llevaban una vida prácticamente idéntica.

»Los pigmeos, de Africa; los arapesh, de Nueva Guinea; los lepchas, de Sikkim, establecen es-

casa distinción entre las cualidades ideales de un hombre y una mujer. Los hombres y las mujeres poseen distintos caracteres sexuales primarios, fuente de infinitas bromas como de satisfacciones concretas, así como competencias y aptitudes diversas. Sin embargo, ningún niño crece oyéndose decir: "todos los verdaderos hombres hacen esto, o ninguna mujer verdadera hace lo otro".

»Pero cuando la especie humana pasó de la caza al cultivo de la tierra, y más tarde a la época de las ciudades, de los imperios y de las pirámides, la diferenciación de los sexos sobrepasó con mucho los imperativos de la biología para alcanzar su apogeo en la era industrial.

la muerte de una era

Se inventó el oficio de hombre. El hombre manda sobre su esposa, y la engaña. El hombre hace la guerra, no la vajilla. El hombre

reprende a sus hijos, pero no los educa. El hombre crea, inventa, laboreo, construye, gobierna, conduce el Metro y las naves espaciales... La mujer ama.

El esfuerzo del macho humano para cumplir su imposible misión ha ejercido perniciosos efectos sobre su salud.

«Los hombres que viven en las casillas de la civilización fragmentada mueren, a una cadencia alarmante, de enfermedades del corazón y del intestino. Las cifras relativas a la úlcera de estómago son, a su vez, reveladoras...».

¿Por qué las mujeres son menos vulnerables a estas enfermedades? Porque su especialización familiar y casera no implica una competición tan feroz. Pero les amenaza otro grave peligro. Nuestra civilización visual «aisla la femineidad de la vida» y, amparándose de ella, hipertrofia su componente sexual. «Los rasgos de cualquier época se acusan bajo una forma exagerada y grotesca cuando toca a su fin». De ahí la reciente proliferación de las fotos de desnudos. La señorita de las

páginas centrales de «Playboy», tan ligerita de ropa, anuncia la muerte de una edad. Ya empieza a parecer más rara que «sexy». Dentro de poco, esas imágenes tendrán el mismo encanto anacrónico de las caricaturas victorianas».

el fin de la monarquía visual

Hemos salido de la galaxia tipográfica para entrar en la Era eléctrica. De ahí procede la especie de confusión que nos rodea. Sentados entre dos edades, no sabemos con cuál quedarnos.

«Contemplamos el presente en un retrovisor. Avanzamos a trompicones en el futuro», escribe Mac Luhan, que tiene el valor de mirar el porvenir de frente. ¿Qué ve? Una revolución.

Con el telégrafo, el fonógrafo, el teléfono, la radio, el cine, el magnetofón y la televisión se ha derrumbado la monarquía absoluta del ojo. Si piensan ustedes que la televisión pertenece a la esfera visual están ustedes retrasados, piensan ustedes como pre-macluhanianos. La televisión es táctil, como la escritura Braille.

«La imagen de la televisión ofrece al espectador unos tres millones de puntos luminosos por segundo. De este número, aquel sólo acepta algunas docenas, lo suficiente para componer una imagen... Esta forma amosaicada de la imagen de televisión exige una participación y una atención profunda de todo el ser, igual que el sentido del tacto... En los cursos de cirugía televisada los estudiantes han señalado este extraño efecto: les parecía que, en lugar de observar la operación, la practicaban. Tenían la impresión de que sujetaban el bisturí...»

»El oído, a su vez, recupera sus derechos, sumergiéndonos en un espacio sin fronteras: las profundidades subconscientes de la radio resuenan con el eco de los antiguos tam-tam... Oímos los sonidos desde todas partes: forman en torno nuestro una tela sin costuras...».

De este modo, al igual que en los tiempos anteriores a la escritura, el hombre toca de nuevo con sus ojos, ve con los oídos, oye con sus dedos. La democracia de los sentidos se erige sobre las ruinas de la tiranía tipográfica en las que yacen —entre un Ford modelo «T» y un corsé de ballenas— los viejos valores viriles electrocutados.



En la galaxia de Mac Luhan el matrimonio tiene un gran futuro. Quizá por eso en este hospital de Kent organizan cursillos de formación-paterno-maternal para el cuidado de los niños: las muñecas sirven de práctica a los padres.

sofia loren y twiggy

No más corazones compartimentados, no más reflejos prefabricados. El hombre gutenbergiano construye en columnas y párrafos, con notas, y orienta como un indicador Chaix. Reemplazando al hipermacho aquí llega el nuevo hombre integral y sensitivo.

«Algunas sociedades industriales han creado ya para sus dirigentes masculinos sesiones de entrenamiento a la sensibilidad. En ellas, los hombres aprenden a dar rienda suelta a sus emociones, a captar los sentimientos de los otros, a llorar si les apetece, todo ello para aumentar los beneficios. La sensibilidad rinde. En el contexto futuro no habrá ya sitio para el macho especializado y de mentalidad estrecha».

Y gracias a una de sus piruetas metodológicas casi supersónicas, Mac Luhan empalma con los pelos largos.

«¿Qué es lo que nos gritan hoy esos muchachos de cabellera ondeante?: "Nosotros no tenemos ya miedo alguno de ostentar lo que ustedes llaman femineidad. Proclamamos que tenemos sentimientos, ternura, debilidades, que somos humanos. Los machos del cine, musculosos, pelo al cero y mirada impasible, nos dan risa. A nuestras chicas no les interesan"».

En la galaxia macluhaniana esas chicas sufren una evolución paralela. «La era de las superhembras se acaba. Sofia Loren es a Twiggy lo que una pintura de Rubens es a los rayos X. ¿Y qué revelan de una mujer los rayos X? No la imagen realista, sino la verdad profunda. No una mujer especializada, sino un ser humano. A partir de ahora los dos sexos tienden hacia una humanidad común».

Una de las grandes sorpresas que nos reserva el futuro podría ser lo que significará ser una mujer o un hombre.

Nuestras sorpresas no se detendrán ahí. Al metamorfosearse el hombre y la mujer, lo que hacen juntos cambiará también, inevitablemente. La sexualidad electrónica se parecerá tan poco a la de la Era de los ferrocarriles como poco se parecen una cadena de alta fidelidad y un pito de vapor.

el amor, un «tentempié»

El gusto immoderado por el entablicamiento propio al hombre tipográfico era, según Mac Luhan, malsano para la vida sexual.



«Tras la invención de la imprenta, la arquitectura inventó las habitaciones separadas, unidas por pasillos. Simultáneamente, la actividad sexual, hasta entonces incorporada al resto de la vida, quedó enterrada. Oculta, misteriosa, se cargó de aprensiones. Freud sacó a la sexualidad de esc tñnel, pero, al igual que sus contemporáneos, la consideró como una fuerza explosiva».

La edad electrónica desmonta la bomba sexual. La frustración morirá con el entablicamiento, arrastrada en la caída universal de murallas que anuncia la trompeta de Mac Luhan.

«El teléfono: discursos sin paredes. El fonógrafo: música sin paredes. La fotografía: museo sin paredes. La luz eléctrica: espacio sin paredes. El cine, la radio, la televisión: escuela sin paredes». Y mañana, el sexo sin paredes, sin temor y sin remordimientos.

«Se puede prever que en las generaciones futuras la sexualidad se fundirá con el resto de la vida y tan sólo representará ya una experiencia humana como tantas otras. Esas novelas, esas obras de teatro sobre temas sexuales, los desnudos de las revistas... representan el espíritu de una época que muere en una postrera llamarada».

Esa edad en que el inquietante festín del amor no pasará de ser un «tentempié», posee ya sus pioneros. «Los "hippies" han optado

por una vida comunitaria que evoca las costumbres medievales o la tribu primitiva. No resulta raro verlos dormir, entremezclados, en una misma habitación. Los que se imaginan orgías están muy lejos de la realidad. Los "hippies" no están obnubilados por el sexo. Para ellos no es más que una experiencia de los sentidos como tantas otras. Para los jóvenes, el sexo es secundario. Al tiempo que se hace accesible, se atempera».

el futuro, para el matrimonio

¿Hasta dónde bajará su temperatura? Este amor banalizado, ¿conservará su atractivo, sin las especias del pecado? Mac Luhan parece dudarlo, puesto que prevé ya sustitutos, de los que la marihuana y la L.S.D. no son más que precursores.

«En varios centros norteamericanos se están estudiando técnicas que despiertan el cuerpo y los sentidos y permiten acceder a esos estados psíquicos insólitos descritos, por ejemplo, en la literatura mística».

Así, pues, la sexualidad macluhaniana se diluye, al término de su ascensión, en la atmósfera, igual que el perfume de un frasco destapado, y, merced a una pirueta intelectual inesperada, esta evaporación beneficia al matrimonio.

Este es el «Trono espacial», que se expone en el Museo de Artes Decorativas, de París. Un sillón del año 2000, aéreo, transparente y simplificado, adecuado para ambientar la vida en la galaxia de Mac Luhan de la Era eléctrica.

«Firme y voluntariamente consentido, orientado hacia la procreación, el matrimonio puede afirmarse como la institución más estable del futuro. Liberado de las violencias y de las restricciones que acompañaban a la sexualidad a alta tensión, podrá contribuir a la plena floración de los sentidos y hacerse mil veces más vivo».

¿Qué otro final más moral cabe imaginarse? ¿Qué otra conclusión más tranquilizadora? El «nihil obstat» está asegurado de antemano...

pro y contra mac luhan

Demasiado tranquilizador para ser honrado. Este es uno de los pecados que sus detractores imputan a Mac Luhan. Siguiéndole, el mundo no plantea ya interrogantes, sólo proporciona respuestas. ¿Los «hippies», la droga, el divorcio generacional? No hay que inquietarse: las cosas no pueden suceder de otro modo. ¿La televisión, el contenido de los programas, la honestidad en la información? ¿Qué importa! sólo tiene importancia el efecto de la imagen sobre el tacto. Con sus innumerables citas, sus ingenuidades capaces de asustar a un tonto y sus generalizaciones-piurta, la obra de Mac Luhan representa respecto al verdadero pensamiento lo que los vestidos de papel respecto a la alta costura: atraen un instante la mirada; luego, se tiran. «Ustedes no comprenden nada. Ustedes circulan todavía por los raíles de un pensamiento muerto», responden los macluhanianos. «La ingenuidad que denuncian ustedes es un humor que escapa a sus espíritus amazacotados. Las piruetas son voluntarias: chocan al lector para obligarle a cambiar de ángulo de percepción. Mac Luhan no nos arrulla con demostraciones académicas, nos abre los ojos. En tanto que explorador, el terreno que desbroza es tan vasto que tiene que conformarse con delimitar los contornos y con proporcionarnos en abreviatura sus intuiciones a menudo geniales».

Habría que saber lo que Mac Luhan piensa de todo esto. Nada, según parece. Nunca relee sus libros, y jamás se ocupa de los artículos que se le dedican. Y para tranquilizarnos, o para acabar de confundirnos, confiesa: «No siempre estoy de acuerdo con lo que escribo...». ■ HENRI GARDI.